

MARÍA JOSÉ PLATA

La alarma del celular sonará a las seis y media. La luz grisácea entrará al cuarto de Julián. Él se pondrá una camiseta de algodón con el logo de un murciélago en el pecho y una sudadera. Evitando que su piel entre en contacto con el frío suelo de linóleo, terminará de vestirse. Irá al baño, se lavará la cara y se aplicará bloqueador. Para acabar de alistarse, tomará las gafas de sol y esconderá el *smartwatch* bajo la manga. Antes de salir irá al cuarto de sus padres, y le dará un beso a cada uno en la frente y pasará de largo por el cuarto de su hermana; a ella no le gusta perder sueño por despedidas rutinarias. En el ascensor se quedará mirando al espejo, sacará su celular, se llevará el cabello hacia atrás y tomará una fotografía que durará veinticuatro horas en la red. A un lado pondrá “Camino a la ciclovía” en una fuente gris, y en la esquina insertará un #healthy.

Al llegar a la portería meterá el cable de sus audífonos entre el saco y la camiseta. Los conectará al celular y pondrá a reproducir el primer *podcast* en la lista de nuevas descargas. “Studio Robota presenta”. Un *riff* de guitarra hará de fondo en el reparto. Un par de autodeclarados ñoños, un padre y su hijo, habrán grabado una conversación de 42 minutos sobre una serie animada de los ochenta. En lo que terminan de presentar al equipo de colaboración, Julián hará su calentamiento y luego bajará por la calle 88 hasta la séptima. Correrá hasta El Planetario. La ciudad despertará. Pasará frente a las carpas a medio armar de los puestos con jugo de naranja, mango biche y vasos de fruta fresca. A cada paso que dé, un ca-

pitalino que vive en Cedritos se despertará a preparar el desayuno; otro amanecerá en la carrera 17 con 53, entre cartones; alguien más, por los apartamentos de las Américas, se quedará mirando al techo, deseando con todas sus fuerzas no ir al trabajo ese día, justo antes de recordar que es domingo y que puede volver a descansar.

Compartirá parte del recorrido con otros como él, despertando a la ciudad con sus pasos. Sentirá un leve alivio cuando la primera capa de sudor cubra su nuca y su frente e, inmediatamente, le fastidiará la sensación helada que deja la brisa bogotana en la piel. Correrá más de diez kilómetros por la avenida, pasará junto a dos labradores y un siberiano que trotarán tras sus dueños. Alcanzará a contar siete Tostao y al menos veinte carteles que claman “NO AL TRANSMILENIO POR LA SÉPTIMA”. Mientras tanto, en el *podcast*, el niño y el padre hablarán sobre ese episodio en el que juraron que Barbara Gordon había fallecido.

Poco antes de llegar al Museo Nacional, un hombre más joven que él lo mirará con las manos en los bolsillos. No tendrá billetera ni llaves, y su ropa estará muy sucia. Y yo me angustiaré, pero él pasará de largo, veloz, tras una ráfaga de hojas de urapán. Subirá por el Parque de la Independencia y entrará en la cuesta del bosque, el kilómetro montañoso que lo separará de la meta. Se sumergirá paso a paso en esa niebla liviana, y se mentalizará a perseguirla entre los eucaliptos y los cedrillos. Por fin, a las siete y media pasadas, llegará a la Basílica, blanca, al camino de ladrillo, a un cielo azul tras la

\* Primer premio del Concurso Interno de Cuento del TEUC, Universidad Central, 2019-2.

niebla que todavía cubrirá parte del cerro. El *podcast* habrá acabado poco antes de pasar por el parque y en ese momento estará escuchando a otro rolo añorado, como él, hablando de la banda sonora de una película de Miyazaki que él adora.

Sacará el celular y tomará una fotografía de la ciudad acobijada de un lado por sus nubes grises, y bañada del picante sol por el otro. Hará una mueca de descontento al ver la fuerte luz reventada contra las residencias de los Andes, esos edificios verdes y azules que llevarán un par de años en la boca del centro. Parecen pintados con crayola, pensará. #Bogotá #fitness #madrugando @Monserrate.

Se quedará sentado en una banca, el *smartwatch* dejará registrado en redes sociales el recorrido que acaba de hacer. La pantalla le indicará que ha recorrido 11,6 kilómetros. Julián revisará la foto que tomó en el ascensor, tendrá ochenta vistas y quince reacciones. Yo podré ver cómo se le dibuja una sonrisa al ver los corazones y los pulgares arriba. Mirará hacia el cerro de Guadalupe, donde la gente viene a decirme que ruegue por ellos y que los aleje de la tentación, y lo llamaré de nuevo. Pero se quedará revisando su inicio durante un rato, se encontrará con las fotos de su prima en Costa Rica y de sus amigos de paseo en los llanos. Volverá a la foto que acaba de sacar y pensará que se siente cómodo entre estas montañas, que es agradable recibir el sol de la mañana, sabiendo que en la tarde caerá un palo de agua tremendo. Todo aquí son valles y cimas, pensará. Y eso está bien, debería estar bien. La angustia que lleva sobre sus hombros comenzará a subírsele por la nuca hasta su cabeza. Veré cómo le nubla su mirada, antes diáfana y tranquila; así que intentaré llamarlo una segunda vez y alzaré la vista al cerro. Entonces, sonreirá pensando que tal vez la semana siguiente podrá alcanzarme.

Bajará en teleférico y caminará hasta el Museo Nacional. Allí estará la carpita blanca de doña Marcela.

—Veci, me regala un jugo de naranja.

—Sí, sumercé, dos minuticos.

Le pasará el billete de mil y la moneda de doscientos. La palanca hará caer el metal sobre la cáscara y el jugo se escurrirá hasta el vaso. Al dar el primer sorbo, verá que hay una larga fila de números flotando en el jugo. Se quedará mirando, agitará el líquido y la cifra se mantendrá a flote, será larga, no sabrá ni de cuántos dígitos es.

—¿Le salió malo? —preguntará doña Marcela. Julián negará y tomará otro sorbo. Los números seguirán ahí pero el sabor será el mismo. Intentará olvidarlo. En un rato llegará el grupo de trote de la ochenta con el que acostumbra a regresar los domingos, porque entre más tarde, aunque no parezca, más roban.

Carlos, Paula Andrea, Rosa y José David llegarán a las ocho y diez; cada uno le comprará un vaso grande a doña Marcela y el grupo irá a una banca de cemento a recuperarse de los kilómetros que acaban de recorrer. Julián sugerirá sacarse una foto antes de que regresen.

—No, marica, pero al menos espérese a que me baje la tibiez —le dirá Paula Andrea. Con disimulo, José David intentará arreglarse el pelo y Paula Andrea decidirá dejarse las gafas, para que no se noten las ojeras.

Los cinco llevarán corriendo juntos desde hace varios años. Ellos cuatro se conocieron en el barrio cuando hacían sus primeras rutinas. Los primeros kilómetros. Carlos conoció a Julián en la universidad y, cuando vio los lugares a los que iba a entrenar, comenzó a pegársele. Fueron al Mirador de los cerros, al Simón y a Monserrate. Julián siempre quiso ir más lejos; apenas se sacaban foto en un lugar, él estaba buscando otra meta. Así corrían, él viendo hasta

dónde podía llegar y los demás atrás. Lo dejaron solo en los caminos de ida. Les fastidiaba su entusiasmo, la energía que parecía sacar de cada paso sobre el ladrillo o el cemento. Pero lo buscaban al regreso, porque esa aplicación que él usaba da muy buenos contactos y un montón de seguidores; hasta le regalaron las gafas de sol y un par de zapatos por ser un usuario tan constante. Él tardará unos meses en notarlo, creerá que no lo acompañan en la mañana, porque madruga demasiado.

Regresará a casa con el reloj, los audífonos y el celular, metidos en el bolsillo de la sudadera, y se pondrá el saco en la cintura. Con el grupo preferirá no escuchar sus *podcasts*, le gustará ir con ellos en el ritmo conjunto, pisando el pavimento al mismo tiempo.

—Al fin, ¿vamos a Guadalupe dentro de ocho días? —les preguntará Julián antes de despedirse.

—No, marica —Carlos ensayará esta respuesta con sus amigos antes de salir—, eso es todo peligroso, toca que consigamos más gente.

Subirá al ascensor arrastrando algo de vergüenza en sus pies. Sabrá, muy en el fondo, la molestia de su insistencia y entusiasmo. Pensará que bien podría ir solo, pero sabrá lo triste que se vería el collage que había estado armando con ellos los últimos meses si una de las fotos no era grupal. Se vería patético en una *selfie* frente en Guadalupe cuando estaba con sus amigos en Monserrate, El Mirador y El Cable. Al llegar a la casa se encontrará con su familia en el comedor, a María del Mar pasando el guayabo con caldo de costilla y a sus padres acompañando los huevos pericos con el programa de Diana Uribe.

—Me voy a bañar y los acompaño.

—Dale, Juli, ¿cómo te fue? —preguntará el padre.

—Bien, me devolví con los muchachos —la madre alzará la vista y se quedará mirándolo mientras camina hacia el corredor.

—Juli.

—¿Diga?

—Te volviste a quemar el cuello.



Se bañará y, mientras desayuna, su madre le aplicará un gel transparente en la nuca. Julián recordará cuando él y María eran niños e iban con sus papás a la costa y su madre los sentaba uno junto al otro para untarles bloqueador. Pensará que entonces le había molestado y estaba seguro de que no podía ser tan difícil aplicárselo por sí mismo, menos cuando fuera adulto. Porque los adultos no hacen nunca nada mal. Irá a su cuarto, abrirá el LOL y, mientras espera a que comience la partida, se quedará mirando la ventana. Se pondrá de pie, se quitará la camisa y verá su reflejo en el vidrio. En ese momento volverá la angustia desde donde había quedado, deslizándose entre el gel para quemaduras.

Se acordará de la primera noche antes de salir a correr, de todas las noches y días antes de salir a correr. De cuando se tomaba ratos libres, hasta los descansos en el trabajo, para dar batallas campales por la legalización de la marihuana, por cambiar *feminismo* por *igualismo*, porque la izquierda es la única opción para arreglar el país y por la terminante extinción de la pizza con piña. ¿De dónde sacaba tanto tiempo?, pensará. Al principio solo fue cosa del clima político, de uno que otro meme sobre los candidatos a la alcaldía y alguna discusión con un familiar en su propio muro.

Se dieron los resultados electorales y la red pareció volver a su ritmo de videos con gatitos, fotografías de ciudades que él no conocía y de compañeros de la oficina organizando planes a los que no estaba invitado. Ellos lo habían intentado incluir un par de veces, él los rechazaba. Lo intimidaban sus fuertes apretones de mano, las risas que poco o nada tenían que ver con él, pero que una vocecilla le aseguraba que sí, algo tenían que ver con él; con las cicatrices de un acné que no lo abandonaba, con un pedazo de piel que no se había afeitado bien. O tal vez habían visto una de esas largas

cajas de comentarios donde lo tildaban de guerrillero o marihuanero. Entonces, intentaba pasar el descanso adelantando trabajo, escuchando sus *podcasts*, revisando por milésima vez un viejo corte o el último cierre para no mirar su celular donde el desconocido de turno lo insultaba. Eventualmente, él regresaría para devolver el insulto, seguramente con algún comentario sobre falta de empatía o motosierras.

La familia se acostumbró a verlo con el ceño fruncido y los puños cerrados. María del Mar había visto varias de sus peleas con algunos primos o tíos lejanos. Una vez, en su propio muro, su hermano se agarró con una de sus amigas porque el lenguaje inclusivo era elitista. Sus padres apenas usaban los perfiles que habían creado y les tomó un tiempo entender qué era exactamente lo que ocupaba durante tanto tiempo a Julián en su teléfono. Casi no usaba la consola y no había vuelto a decir nada sobre las series que seguía.

María del Mar había intentado hablar con él. Él le dijo que lo ayudaba, que a veces tenía buenas conversaciones que compensaban las malas. Intentó hablar sobre su angustia, esa que cargaba desde los últimos semestres de la carrera. Estaba tan estresado preparando todo para poder irse a vivir solo, que necesitaba un desahogo diferente a los que tenía en la universidad.

—Tú sabes, Mari, los intereses están por los cielos y de verdad quiero lograr que me den el préstamo sin que nuestro papá me ayude.

El peso de su matrícula de pregrado y maestría no le permitía ayuda financiera de nuevo. No quería que esa deuda, inexistente para los padres, creciera. Lo dejaron ser. Después de todo, el nuevo trabajo, el único que había tenido, era tan duro y él estaba esforzándose tanto por hacer las cosas bien.

Eso de correr había sido sin intención, casi accidental. Era verdad que lo que veía

en su perfil llegaba a afectarlo mucho más de lo que debía, y que había visto cosas mucho peores que ese video en el que comparaban a dos hombres de sesenta años, uno que había tenido una vida activa y el otro una vida sedentaria. Ni siquiera lo aterraron las pastillas o la silla de ruedas. Todo había sido por el reflejo en el vidrio, porque al levantar la vista creyó ver a uno de esos tíos lejanos con los que precisamente estaba discutiendo. Se había puesto de pie y sintió que estaba en el cuerpo de un extraño gordo y viejo.

Al comienzo del siguiente video comenzó a reproducirse un anuncio, una aplicación naranja se reventó contra la pantalla y pasaron cuatro o cinco fotogramas de recorridos alrededor de Latinoamérica. D. F., Buenos Aires, Bogotá. El de su ciudad lo había hecho un muchacho de su edad, o al menos uno que se veía de su edad. Pensó que no podía ser tan difícil si ese pelado podía hacer una ruta de diez kilómetros en una hora. Se convenció porque el reflejo, para él, materializaba su angustia. Una cosa era saberse un estancado y otra que solo con verlo se notara.

Esa noche descargó la aplicación y siguió mirando la ventana. Le pareció dulce el cuadro que se formaba tras el vidrio, la noche encapotada salpicada de luces blancas y azules del norte bogotano. No escuchaba las motos que se le atravesaban a los SITP, no vio que las manchas oscuras del fondo también eran capitalinas; pero ese fin de semana estaban sin luz. Un pequeño cosquilleo le fastidió y giró bruscamente hacia la izquierda, hacia el Cerro del Cable; creyó que algo lo llamaba. Yo lo llamaba.

Las notificaciones de insultos se reemplazaron con los corazones y pulgares arriba en sus recorridos. Creía que solo un par de familiares y su hermana revisaban sus fotos, pero con la aplicación llegaron muchas notificaciones de desconocidos que

le preguntaban qué *smartwatch* usaba, qué rutas recomendaba y cómo se cuidaba de los ladrones. Se dedicó a encontrar los espacios más populares para hacer ejercicio. Entre semana, después del trabajo, corría por el Virrey, desde la estación hasta su casa. Los domingos salía del norte, trotaba hasta Suba muy temprano, a ver si lograba ver los tres nevados después de subir por esas largas escaleras de ladrillo. La única vez que logró ver al menos dos, la fotografía estuvo recibiendo *likes* por más de una semana. La misma aplicación la había usado en una de sus publicaciones publicitarias felicitándolo por su constancia. Fue a darle varias vueltas al lago del Simón Bolívar y alguna vez se cruzó con el equipo de Parkour Bogotá, estaban saltando por el Parque Nacional. Esas eran las carreras que más gustaban, las más largas, las que se convertían en práctica para el próximo sitio más lejano, y su nuevo objetivo sería la punta del cerro tras Monserrate.



Julián se quedará pensando en los resultados de su esfuerzo, en los músculos y las fotos, los comentarios agradables, los nuevos amigos. Abrirá el perfil de José David apenas reciba la notificación de que le ha etiquetado en una nueva foto. Sentirá un picor desagradable sobre su quinta vértebra al ver las reacciones. Las fotos de José David tendrán al menos cien *likes* más que las de él; apenas si subía nada porque era muy selectivo con su contenido, pero a donde iba hacía amigos, muchos amigos. Él sabrá que siempre siente lo mismo al abrir el perfil de José David o el de Rosa, porque son de ese tipo de gente que deseará odiar con todas sus fuerzas y nunca lo logrará. Para ellos es tan fácil hacerse querer y pareciera que tienen todo bajo control. Adultos de verdad, sin angustias en su espalda, de los que se independizan antes de los treinta, los que tienen una pareja con la que se van a casar, un trabajo estable y no sufren pensando qué tan firmes son sus apretones de mano.

Su madre le golpeará la puerta y lo llamará para que la ayude con el almuerzo. Se quedará mirando la fotografía antes de bloquear el teléfono y caminar a la cocina. Desde que comenzó a correr, también mejoró su dieta. Encontró varias recetas sanas en internet y se ofreció a compartir algunas con la familia. Ese domingo preparará alcachofa al horno. Abrirá la verdura, sacará la carne, la bañará en huevo y en miga de pan antes de ponerla en la refractaria del horno. Su madre servirá la verdura junto a un puré de papa y un corte de pollo a la plancha. Al ver el plato armado, la angustia se intensificará y Julián perderá el apetito. En el apanado de la alcachofa, en el pollo y en el puré de papa se encontrará con el mismo número repetido en todas las piezas de su comida como el que había visto en el jugo de la mañana.

—Come tranquilo, Juli, mira que te quedaron buenas —le dirá su madre.

Él clavará el tenedor en una alcachofa y la llevará lentamente a su boca. Es imposible que nadie más lo vea, pensará. Su familia seguirá comiendo.

Julián hará todo lo posible por ignorar los números en su comida. Aparecerán en el chocolate caliente de las onces, en los batidos de la mañana, en la carne del almuerzo. Al principio le resultará fácil ignorarlos, será una cantidad absurda que a veces no cabe en un pedazo de manzana. Pero, con el tiempo, disminuirá y él pasará largo rato mirando su comida, preguntándose por qué ese número se hace cada vez más pequeño y qué pasará si llega a cero. Ni siquiera será un peso más en su espalda, el asunto será un catalizador de todo lo que cargará. La cifra abrirá un agujero en la débil represa que guarde todas sus angustias. Creerá que su obsesión con la dieta y el ejercicio lo han llevado a ver las calorías enfrente de los alimentos, o eso encontrará en internet. Julián nunca buscará el valor calórico de su comida, mucho menos lo memorizará; sabrá que le sucede algo más. La situación lo pondrá tan tenso que lo llamaré con más insistencia. Cuando sus amigos decidan aplazar nuevamente el recorrido a Guadalupe, él dejará de esperarlos, entrenará solo para subir por su cuenta esos doce kilómetros. Y yo me alegraré, porque faltará poco para encontrarnos. Un día después de esos entrenamientos, tras varias semanas con una pésima dieta, se quedará mirando su *smartwatch*, el contador de sus recorridos por Bogotá, ese que siempre irá en aumento.

Dos meses después de que apareciera el primer número en el jugo de naranja, Julián llegará a la estación del Virrey. Sacará sus tenis del maletín, activará el reloj y le dará un mordisco a la manzana, un nuevo número aparecerá en la carne blanca del fruto y Julián lo anotará en su celular. Correrá los tres kilómetros y medio hasta su casa. Se subirá al ascensor sudando como

si acabase de regresar de Tunja trotando, aunque su reloj marcará que acaba de correr tres punto cuatro kilómetros. Entrará a la casa, dará un grito para avisar que acaba de llegar e irá derecho a la cocina, donde lo estará esperando una ensalada César. La cifra se acomodará a lo largo de los tallos blancos en las lechugas. Pondrá el número que había anotado antes en la calculadora, el de la manzana, y lo restará con el que verá en la lechuga. El celular mostrará un tres, un punto y un cuatro, al igual que la pequeña pantalla del *smartwatch*. Entonces, entenderá que la cifra que se le ha atravesado en su comida es una distancia, son kilómetros que ha ido gastando y que tienen un límite y no tendrá idea de qué le sucederá una vez los agote.

Aterrado, dejará de correr, volverá a tomar taxi para ir de la estación a su casa. Pasará cuatro o cinco domingos sin salir a trotar. Adelgazará por evitar encontrarse con el contador entre los mordiscos. Aun intentando enfurecer a desconocidos, sus redes se estancarán, la caja de notificacio-

nes rara vez pasará de los dos dígitos. Le dirá a la familia que se siente enfermo, por eso no come ni ha vuelto a correr. La madre y la hermana intentarán convencerlo de que vaya al médico, pero no les hará caso.

—Yo diría que es cosa de hombres, má, porque mira que mi papá y los abuelos son iguales.

Yo lo seguiré llamando y los números seguirán catalizando su angustia.

Una tarde, en el vagón delantero de un Transmilenio, una mujer le ofrecerá unas bolsas de maní a mil pesos. Al ver el contador en los frutos secos, abrirá los ojos y le extenderá un billete de cinco mil del que no recibirá vueltas. Sacará un maní y lo sostendrá en su mano. El contador comenzará a disminuir por cada kilómetro que recorra el bus. La represa se romperá y Julián sentirá que se ahoga en esa carcasa roja que descaradamente lanzará sus kilómetros al vacío.

Pedirá vacaciones.

Se encerrará en el cuarto evitando a toda costa salir de la habitación. Yo lo seguiré llamando y los números en su comida y en



sus perfiles seguirán disminuyendo. Estará a punto de decirle a sus padres y a su hermana muchas veces, pero ellos le parecerán ajenos al problema, como si no notaran que pedirá una semana adicional de permiso en el trabajo o que apenas comerá. Ellos estarán verdaderamente preocupados, pero, para entonces la barrera se habrá establecido y él estará perdido en pánico, porque en cualquier momento el próximo mordisco le mostraría un contador vacío.

Podrá aguantar hasta que vea esa foto, la de José David, Rosa, Paula y Carlos. En realidad, será un collage de tres fotos, una en cada cerro, El Cable, Monserrate, Guadalupe. Las dos primeras estarán cortadas para que él no salga. Y claro, los *likes*, los corazones, se contarán de a cientos y llegarán a los miles. Julián los verá crecer. Un picor en los omoplatos lo devorará de adentro hacia afuera, como si hubiese eliminado el peso que había estado cargando. Solo sentirá rabia, porque creará que no puede ser como ellos, que no puede tener tanta atención en redes, ni correr tanto, ni tener un buen trabajo, dar un buen apretón de manos, una casa propia, *hobbies* “normales”, ni una pareja. Irá a la cocina, morderá un pedazo de manzana verde y por primera vez en semanas mirará fijamente la cifra, un uno junto a un dos.

La alarma del celular sonará a las seis y media. La luz grisácea entrará al cuarto de Julián. Él se pondrá una camiseta de algo-

dón gris con el logo de un murciélago en el pecho y una sudadera. Terminará de vestirse, evitando que su piel entre en contacto con el frío suelo de linóleo. Irá al baño, se lavará la cara y se aplicará bloqueador. Para acabar de alistarse, tomará las gafas de sol y esconderá el *smartwatch* bajo la manga. Antes de salir, irá al cuarto de sus padres y le dará un beso a cada uno en la frente.

—Juli, qué bueno que ya estás mejor.

Pasará por la habitación de su hermana, le dará un beso suave junto a su oreja derecha.

Sobre la mesa de noche dejará los audífonos, querrá escuchar a los pájaros. Al salir y recorrer los primeros cuatro kilómetros, comenzará a ahogarse y sus músculos se sentirán como brasas. Llevará meses sin ese ahogo en el trote, pero se sobrepondrá, se sentirá más ligero y estará esperando que todo acabe cuando por fin llegue a la cima. A medida que la luz grisácea comenzará a iluminar el pavimento, el ladrillo y la basura sin recoger, él se convencerá más y más de seguir adelante. Dejará la ciudad al llegar a la quebrada La vieja y se adentrará en el bosque de los cerros. Se sumergirá paso a paso en esa niebla liviana, y se mentalizará a perseguirla entre los eucaliptos y los cedrillos. Escuchará a los copetones y a las torcazas; algunas mirlas se espantarán al verlo recorrer el sendero de Choachí.

Entonces, nos veremos por fin. Frente a mí, saludará con una sonrisa y su contador llegará a cero. ■■